

y lejos de recomendarlo, informaron al rey detalladamente de sus detestables condiciones. El padre Villagómez mirándose ya en su imaginación con la mitra y el báculo, abandonó irreflexivamente el curato de Valladolid, dejando esta villa sin clérigo alguno que la administrase, y en el primer buque que salió de Campeche, se embarcó para España, cargado de su tesoro de exposiciones y cartas, en que se suplicaba al rey que lo presentase para obispo de Yucatán. Afortunadamente los informes de los religiosos llegaron á tiempo, y el rey Don Felipe II, que en la elección de obispos, fué ordinariamente muy discreto, supo descartar las pretensiones de este fraile, cuyo nombramiento hubiera sido una verdadera calamidad en Yucatán.¹

¹ *Cartas de Indias*, pag. 72.

CAPITULO XXII.

Predicación de la doctrina cristiana en los cacicazgos de Akinpech, Acanul, Chakan y Ceh-Pech.—El Adelantado Montejo hace una convocación general de caciques en Mérida.—El padre Villalpando predica ante ellos en lengua maya.—Fundación de la primera escuela en Mérida.—Conversión de los caciques de CANCEL, Zitpach, y Chixculub.—Los misioneros en Maní predicán sobre la libertad de los esclavos.—Los propietarios de esclavos se enfurecen, y traman una conspiración secreta para asesinar á los religiosos.—Grave peligro de muerte en que estos se vieron. Son salvados por la oportuna llegada de soldados españoles.—El cacique de Maní, Kukumxiu, se indigna contra los conjurados y los manda prender.—Son aprisionados veintisiete cabecillas, y enviados á Mérida. Se les juzga sumariamente y se les condena á muerte.—El padre Villalpando pide el indulto de los culpables.—Vuelve á Maní, y es recibido con grandes regocijos.—Evangelización del cacicazgo de los Cheles.—Fundación de la iglesia de Izamal.—Metodo de instrucción religiosa.—El padre Nicolás de Albalate vuelve de su misión á España con cinco religiosos.—Celebración de la primera asamblea de religiosos franciscanos en Yucatán.—Es electo superior Fray Luis de Villalpando.—Fray Juan de la Puerta es nombrado procurador en la corte de Madrid, y se embarca para España.—Es electo obispo de Yucatán.—Su muerte en Sevilla.—El primer Dean de la catedral de Mérida.

Dejamos al padre Villalpando ocupado en catequizar á los indios de Akinpech, Kinlakan y Calkiní¹ que ahora son barrios de la ciudad de Campeche, en tanto que el Adelantado Montejo subía á Mérida á sobrevigilar la campaña iniciada contra los indios orientales.

Bautizado el cacique de Campeche, resolvió el

¹ Este pueblo de Calkiní se llama hoy barrio de Santa Lucía y no debe confundirse con otro pueblo del mismo nombre que hasta ahora existe en el Estado de Campeche. Véase á Cogolludo. tomo I, pag. 379.

padre Villalpando extender sus tareas á los pueblos de Ucumal, Yaxhá, Chulul, Tixmucuy, Tixbulul, Zamulá y Hampolol, y á otras innumerables rancherías que abundaban en las sierras circunvecinas; mas antes de salir, cuidó de escribir á la real Audiencia de México, al comisario general de la orden franciscana en España, y á Fray Toribio de Motolinia en Guatemala, informándoles del establecimiento de la misión. Cumplido este deber, salió á pié de Campeche, y se internó en la serranía inmediata en busca de los indios que vivían allí diseminados: visitó muchas rancherías, entró en relaciones con sus habitantes y dulce y afablemente les fué persuadiendo la conveniencia de abandonar sus selváticas moradas, bajar á los llanos y establecerse en los pueblos ubicados al pié de la cordillera: así se aumentó la población de Tenabo, Hecelchakán y Calkiní: los indios seducidos por las razones del misionero acabaron por convencerse de que les era más cómodo establecerse en los llanos; que no vivir aislados entre los riscos de la montaña, vivir congregados en poblaciones grandes, que no andar esparcidos por los bosques: la vida se les haría más llevadera y la enseñanza de la doctrina cristiana se podría verificar más fácilmente y con mayor fruto, pues reunidos los indios en grandes centros, podrían ser instruidos al mismo tiempo por un solo misionero, en tanto que diseminados, necesitaban mayor número de predicadores, que en viajes y cambios de lugar, consumirían su fuerza y alientos.

Viéndolos congregados en pueblos, el padre Villalpando comenzó á instruirlos con inagotable

paciencia y perseverancia cual si se tratara de niños á quienes hay que repetir las primeras nociones de la ciencia, hasta grabarlas en sus tiernas inteligencias: hízoles construir iglesias, en donde se reuniesen periódicamente á escuchar la instrucción religiosa y la enseñanza moral, y los informó en todas las prácticas y hábitos de hombres civilizados; y como todo esto lo hacía sin violencia, por medios persuasivos y respirando caridad, llegó á captarse la confianza y simpatía de los indios, que veían en él un amigo sincero, un protector decidido: se apresuraban á seguir sus indicaciones, á poner en práctica sus consejos, no solamente en el orden espiritual, sino también en asuntos temporales. La conversión de los indios de los cacicazgos de Akinpech y Acanul fué rápida: en ocho meses se bautizaron como veinte mil adultos.¹

Los padres misioneros que estaban en Mérida, tampoco estaban cruzados de manos, y antes aun de dominar la lengua maya, predicaban sirviéndose de intérpretes, y luego que la aprendieron, deleitaron á los indios haciéndoles escuchar las doctrinas evangélicas, traducidas con toda la expresión, naturalidad y vigor de su lengua nativa.

El superior de los franciscanos que vivía en Mérida, dispuso que los padres Benavente y Bienvenida fuesen á Campeche, y que el padre Villalpando y Fray Juan de Herrera viniesen á Mérida, acaso porque se quería aprovechar las felices disposiciones que este había mostrado en la enseñanza de los niños y aquel en predicar á numerosos

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pag. 412.

concursos de gente. Luego que el padre Villalpando estuvo en Mérida, Fray Juan de la Puerta y el Adelantado Montejo deliberaron acerca del medio más expedito de dar vivo impulso á la obra de la conversión de los indios, y después de pensarlo bien, decidieron convocar á todos los caciques á Mérida con objeto de presentarles y recomendarles á los religiosos, y exhortarlos á escuchar benévola-mente sus enseñanzas y apoyarlas entre sus subordinados. Así se hizo, y conforme iban llegando los caciques á Mérida, el adelantado los enviaba á casa de los religiosos á fin de que los viesan y tratasen con ellos, y la frecuencia de las relaciones hiciese nacer la amistad y la confianza. Los religiosos conocedores de la lengua maya conversaban cordialmente con los caciques, y naturalmente, estos se aficionaron mucho al trato y compañía de los religiosos y frecuentaban su morada en los días que permanecieron en Mérida: admiraban el tosco sayal que vestían, su pobreza, su frugalidad y la franqueza y amor que les mostraban. Tan pronto como estuvieron reunidos en Mérida la mayor parte de los caciques, se celebró una solemne asamblea á que todos ellos asistieron y que fué presidida por el Adelantado Montejo y Fray Juan de la Puerta. En ella predicó en lengua maya el padre Villalpando arrebatando á los indios sorprendidos agradablemente de oírle expresarse con propiedad y corrección en su lengua nativa. Esta circunstancia acabó de conquistar el corazón de la mayor parte de los caciques ufanos de oír al misionero explicarse en la lengua querida de sus antepasados. Pocos fueron los que escucharon con ojeriza las pa-

labras del sacerdote español, y en ellos era explicable, por ser además de caciques sacerdotes idólatras que con la introducción del cristianismo se veían amenazados en sus intereses temporales. Estos, aunque aparentemente no osaron mostrar ninguna señal de desagrado, en su interior protestaban contra la introducción de la nueva creencia. Al concluir el sermón, el padre Villalpando invitó á todos los caciques á que enviasen sus hijos á Mérida á una escuela que había abierto en el monasterio Fray Juan de Herrera, y en la cual se enseñaba á leer, escribir, cantar y la doctrina cristiana.

Fray Juan de Herrera, aunque lego, era un hombre inteligente: escribía á la perfección, sabía cantar, tocar el órgano, era arquitecto y desempeñaba el magisterio con habilidad. Había aprendido ya la lengua de los naturales, y se dedicó durante veinte años¹ á enseñarlos á leer y escribir en maya: ya en Campeche había abierto otra escuela semejante á la que acababa de abrir en Mérida, y en todas las que dirigió durante todo el tiempo que permaneció en Yucatán tuvo discípulos muy aprovechados. La costumbre que guardaron los religiosos de establecer una escuela junto á cada monasterio, hizo, que en Yucatán, durante la época colonial, no hubiese pueblo en que faltasen indios que leyesen y escribiesen la lengua maya con destreza, de la cual hasta hoy conservamos modelos en los documentos de actos y contratos que aun se leen en los archivos municipales.

Los caciques contestaron á la invitación del pa-

¹ *Cartas de Indias*, pag. 775.

dre Villalpando, ofreciendo enviar á sus hijos á recibir la instrucción que generosamente se ponía á su alcance; pero, unos cumplieron fielmente su oferta, en tanto que otros enviaron en lugar de sus hijos á los hijos de sus criados. Fué que estos caciques refractarios se intimidaron por la maliciosa voz que los sacerdotes de los ídolos hicieron correr de que los misioneros pedían á los niños para matarlos y comerlos. No poco trabajo costó á los religiosos deshacer esta patraña y desarraigarla del ánimo de los indios crédulos. La escuela de Mérida sin embargo se desarrolló rápidamente y pudo reunir más de dos mil niños bajo la dirección hábil y bondadosa del padre Herrera. El método que éste siguió con ellos, fué de lo más suave y paternal: los mantenía á pupilage proporcionándoles alimentación agradable y sana, habitaciones cómodas, y los colmaba de cuidados con los cuales no echaban de menos los del hogar: les enseñó á leer, escribir y cantar y luego que fueron mayores volvieron al lado de sus padres, y á su vez se convirtieron en maestros que ayudaron eficazmente á la civilización de sus paisanos.

Extendieron los religiosos sus predicaciones á los cacicazgos de Chakán, Ceh-Pech y Zipatán, los más cercanos á Mérida: y yendo de pueblo en pueblo, exhortaban de viva voz á los indios y los instruían en los principios fundamentales de la fé cristiana: recorrían las poblaciones á pie con un crucifijo en la mano, persuadiendo á los mayas que no había otra religión verdadera sino la de Jesucristo, y que era tiempo de abandonar para siempre la idolatría con sus vanos simulacros: mostraban especialmente su caridad y compasión con los enfermos y necesita-

dos, y no pocas veces cargaban á cuestras con los dolientes y los trasladaban á lugares más cómodos y salubres. No pedían dinero, ni efectos, ni tampoco exigían ningún trabajo personal; aceptaban con agrado los alimentos pobres que los indios les ofrecían, y á menudo, su única alimentación era pan y bebidas de maíz y frutas silvestres. Esta predicación apoyada por ejemplos de virtud tan heroica de abnegación y desinterés no fué estéril; pronto empezó á dar frutos copiosos, tras de la simpatía que engendraba el trato y obras de aquellos virtuosos varones, vino el gusto de oírlos, la inclinación á seguir sus consejos y el convencimiento de la verdad de las doctrinas que enseñaban con tanta dulzura como convicción. Los caciques fueron los primeros en convertirse al cristianismo tornándose luego en auxiliares celosísimos de la cristianización de sus súbditos. Entre las más notables conversiones se cuentan las de los caciques de Caucel, Zitpach y Chicxulub: la del cacique Euan de Caucel hizo gran ruido por la fama de inteligente y sabio que gozaba y por ser sacerdote de ídolos, y el jefe principal del cacicazgo de Chakán: su bautizo revistió especial solemnidad y el Adelantado fué su padrino, motivo por el cual se llamó en adelante D. Francisco Euan.

Quiso el Adelantado que los misioneros fuesen á Maní á predicar el cristianismo, y obsequiando sus deseos los padres Villalpando y Benavente, se pusieron en camino con un báculo en la mano; y un capote de pieles sobre el hábito de burda bayeta. El viaje fué demasiado molesto y desabrido por veredas angostas, pedregosas y pobladas de ga-

ranchos. De día el sol derretía los sesos, el calor hacía derramar arroyos de sudor, y ni aun se mitigaba la pena con el soplo de la brisa en la tarde, porque lo tupido de la selva impedía la corriente libre del viento: por la noche reposaban acostados sobre la tierra en chozas miserables, y temprano en la madrugada se levantaban á seguir su camino. Llegaron á Maní á fines del año de 1547: fueron recibidos con beneplácito, y, viendo tan buena acogida, decidieron empezar sus trabajos. De acuerdo con Kukum-Xiu, cacique de Maní entonces, convocaron á todos los caciques subalternos y á toda la gente principal del cacicazgo á una grande asamblea en Maní. La invitación del jefe principal surtió efecto admirable, pues el día marcado se celebró la junta con grande afluencia de gentes de todas clases. Aprovechando el padre Villalpando tan brillante oportunidad, tomó la palabra y explicó elocuentemente el objeto de su viaje, patentizando con vivos colores y fundados argumentos todos los beneficios que iban á reportar con su conversión al cristianismo: acabó solicitando calurosamente que le ayudasen voluntariamente á construir una iglesia y una casa que sirviese de habitación á los religiosos. Se captó de tal modo la simpatía de sus oyentes, que con espontaneidad nacida del corazón se pusieron á trabajar la iglesia y el monasterio, y los mismos religiosos se quedaron pasmados de la prontitud con que los dos edificios se levantaron. Fueron los indios en partidas al bosque cercano, y trajeron todo el maderamen y paja necesarios, y en breve estuvieron listos el monasterio y el templo al gusto y satisfacción de los misioneros: éstos los bendijeron

con solemnidad, y resolvieron permanecer en Maní durante algún tiempo, abrieron la escuela en la misma forma que la de Mérida y de Campeche, y con el mismo método suave y persuasivo, pues es notable que de estos primeros religiosos que vinieron al país todos se distinguieron por su mansedumbre, bondad y acendrado amor á los indios. Los niños de Maní se encariñaron con sus maestros, y de esto se verá una prueba en la intervención que tuvo uno de ellos en salvarlos de la muerte.

A la vez que se instruía á los niños en la escuela, se enseñaba á los adultos los principios fundamentales de la fe cristiana y de la buena moral; hubo, sin embargo, un tropiezo que por poco da al traste con la misión. La pasión del interés siempre ha sido rémora del progreso moral, y esta vez lo fué como siempre, porque enseñando los misioneros las virtudes y vituperando los vicios, no pudieron menos que condenar enérgicamente el vicio de la esclavitud muy arraigado entre los mayas. El abuso era tan grave que á veces la muerte de un padre de familia era el signo luctuoso de servidumbre para todos sus hijos menores de edad: el que mas podía los arrebatava para sí, los hacía sus esclavos, y los vendía sin piedad: los huérfanos eran una presa tan codiciable que los poderosos se mataban por disputarse la preferencia.¹ Tan odiosa iniquidad contra el derecho natural no podía pasar inadvertida á los ojos de los misioneros que en materia de libertad del hombre defendían teorías que actualmente se tienen como conquistas del progre-

¹ *Cartas de Indias*, pag. 78.

so moderno. Tronaron, pues, desde el púlpito declarando sin ambages que aquel procedimiento era un atentado detestable ante los ojos de Dios, que la esclavitud era injusta, como ilícito era que los señores se sirviesen de aquellos hombres como esclavos; que era ineludible restituirles la preciada libertad, y que nadie podía recibir el insigne honor del bautismo si persistía en detentar injustamente la libertad á sus hermanos.

La codicia de los propietarios de esclavos se alarmó con este lenguaje; ninguno de ellos se avino á soportar el deshacerse de una propiedad en que cifraban gran parte de su bienestar; cuantos más esclavos tenían, menos toleraban que se les hablase de renunciar á este ramo de su riqueza, y antes que perderla, preferían no hacerse cristianos y desviarse de una creencia que les amenazaba con la pobreza y el despojo de la propiedad. Siguiendo el sesgo natural de la pasión, no solamente sintieron desvío de la doctrina, sino que se engendró en ellos un aborrecimiento contra los que pretendían imponerles como deber de conciencia el desprenderse de sus esclavos: resentidos, enojados, buscando cómo librarse de aquella amenaza que les escocía, decidieron deshacerse de los religiosos quitándoles la vida: con este paso creían librarse de seguir escuchando aquella voz que les amonestaba cesasen en su iniquidad.

No queriendo errar el golpe, tramaron en secreto la conjuración, con el propósito de quemar la iglesia y el monasterio de noche, mientras los religiosos dormían, á fin de que ellos también pereciesen quemados. El cacique Kukum-Xiu estaba au-

sente de Maní, y así los conjurados no tuvieron ningún obstáculo en la realización de su alevoso designio.

La noche designada para consumar el crimen, era la del 27 al 28 de Septiembre de 1548. ¹ La víspera de la ejecución, uno de los discipulitos de los misioneros trascendió en su casa lo que se tramaba contra sus maestros, é impulsado por el amor que les tenía, se fué presuroso al monasterio con intención de revelarles el serio peligro que corría su existencia.

El primero con quien se encontró fue el padre Villalpando, y encarándose con él, en tono melancólico y con aire pensativo, le dijo: «Padre, ¿qué es mejor, vivir ó morir?». El padre Villalpando le contestó ingenuamente: «Hijo, mejor es vivir que morir; porque el vivir es cosa natural, y el morir lo adquirimos por herencia del pecado.» A esto replicó con viveza el niño: «pues, padre, si quieres vivir, huyete, porque les van á matar, y esta noche les quemarán con la casa y la iglesia, si están Uds. aquí.»

Taña revelación, y sabida de improviso, sobrecogió al padre Villalpando; pero repuesto de su primera impresión, fué á comunicarla al padre Benavente, y á deliberar lo que harían. El padre Benavente se consternó horrorizado de morir víctima del fuego; mas considerando la serenidad de su compañero y la fortaleza con que se resignaba al martirio, se confortó y siguiendo su ejemplo, ambos se resolvieron á hacer el sacrificio de su vida esperando en el monasterio el desenlace de aquella ho-

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pág. 422.